

## ¿Llorar por el cambio de horario?

Los medios de comunicación y las redes sociales han explotado este tema hasta el cansancio. Se ha expresado la opinión de cuanto magallánico haya querido dar cuenta de su malestar, a tal punto que no hay una nueva retórica que se pudiera crear. Es la desazón que una vez más sentimos y respecto de la cual ni una lágrima derramamos, ni un grito estertóreo emitimos. Sólo lo aceptamos.

La decisión social y política se adopta en el centro del país y el 1 % que representa esta región es nada para ser considerada. No es que queramos que algo de nuestra realidad sea reflexionada para la adopción de políticas públicas, sabemos que eso no será así. Son numerosas las decisiones vergonzosas que se han tomado y afectado nuestro desarrollo. Desde la eliminación del Puerto Libre y el establecimiento de los derechos aduaneros en esta zona aislada, hemos visto la absoluta ignorancia que se tiene de Magallanes. Y no es que sean los políticos los que no conozcan nuestra realidad, o al menos los Ministros o Jefes de Servicio, sino es el séquito de asesores que cada uno contrata y que, hemos comprobado una y otra vez, no tienen idea de lo que es esta región, sus dimensiones y potencialidades.

El que nació o se instaló aquí nunca lloró. ¿Para qué llorar, si no sirve? Sólo hay que enfrentar el problema y seguir adelante. Vivimos tan lejos de los centros de decisión que si lloráramos nos ahogaríamos antes que alguien hubiera tomado nota de nuestra situación.

Los magallánicos no lloramos porque las lágrimas se congelarían con las bajas temperaturas del invierno; se las llevaría el viento huracanado mientras caminamos al colegio o al trabajo, o se ahogaría en nuestras gargantas esperando locomoción. A pesar de la ruda existencia que nos toca vivir, no andamos amargados, malhumorados, temerosos u odiosos, como presentan a los habitantes de Santiago habitualmente en los medios. A pesar de que no consideren apropiado que podamos tener una hora más de luz en invierno, lo aceptamos sin reclamar. Estamos acostumbrados a la oscuridad y no nos hace falta nada más. No tenemos índices de ausentismo laboral o estudiantil

y todos, absolutamente todos, desde el bebé en la Sala Cuna hasta el anciano en el consultorio, asumimos que esto es así. Es algo que viene con la herencia y se adopta por aquel que decide arraigarse en esta realidad. Los que se quejan no entienden y, sin duda, llorarán y querrán irse a otra región más cálida.